

LA NACION

Diario independiente, fundado en 1946

Editorial

LN-30-7-87

El viaje presidencial

El Presidente Oscar Arias y su Canciller Rodrigo Madrigal, concluyeron el martes un viaje de 60 horas por Centroamérica, en torno al cual no se puede emitir un juicio definitivo, sino más bien formular una serie de reflexiones.

Visto en el contexto de lo que ha sido la estrategia nacional para un arreglo regional al amparo del plan de paz presentado por el Mandatario el 15 de febrero, su participación en esta gira plantea una serie de inquietudes:

En primer lugar, revela que, tal como ha sido comentado en el pasado, ha faltado mayor labor diplomática en Centroamérica por parte de nuestro país, y también un esfuerzo permanente por precisar los puntos de vista y objeciones en torno a la propuesta de los demás actores del conflicto regional.

También, desde un punto de vista operativo y de rango, resulta poco apropiado que un Presidente emprenda un viaje de auscultación y discusión de opiniones, tarea usualmente asignada a los diplomáticos.

Y una tercera inquietud —la más importante desde nuestro punto de vista— es su presencia en Managua. Esta se produjo en momentos que los comandantes intentan lograr concesiones de Costa Rica manipulando la acusación contra el país; también, cuando no habían dado respuesta a una justificada nota de protesta de nuestra cancillería por el ataque contra un puesto de la fuerza pública en Barra del Colorado. En estas circunstancias, la visita del Presidente se prestaba a ser utilizada por los comandantes no como lo que era: un último intento nacional por lograr una salida pacífica, sino como una muestra de un cambio en las relaciones bilaterales. Y hay algo adicional: incluso entendida en su debido contexto, la llegada del Dr. Arias pudo proyectar la imagen de que un régimen totalitario como el de Nicaragua

puede cambiar por el contacto personal, cuando lo cierto es, como tácitamente reconoció el Mandatario a su regreso, que son las circunstancias y realidades concretas las que hacen cambiar o no a esas dictaduras.

Dichosamente, el Presidente, con su actitud personal en Managua, hizo todo lo posible para evitar un uso de su presencia al antojo sandinista, pero aunque ello ciertamente palió, no necesariamente conjuró los posibles efectos negativos ya apuntados.

Hay que reconocer, por otra parte, que todas estas aprensiones no pueden llevarnos a desconocer otro marco: el de ver el viaje como un símbolo del ansia costarricense por lograr la democracia y la paz en todos los países del área mediante la negociación y el respeto a la voluntad popular. El éxito en esta tarea, sin embargo, no depende del viaje, ni de las próximas reuniones de cancilleres del área, y ni siquiera de la de mandatarios. Ello se fundamentará, más bien, en la voluntad real que anime las promesas y compromisos, en el establecimiento de mecanismos de verificación, control y compulsión realmente eficaces, y en no perder de vista que, en última instancia, el factor más perturbador del istmo es la existencia de un enclave totalitario en Managua.

Por esto, en última instancia, el aporte del viaje hay que juzgarlo en la medida en que haya contribuido a mejorar las condiciones para que de la reunión presidencial de Guatemala salga un documento que tome en cuenta estos aspectos. Y como el mayor obstáculo real al arreglo será el régimen de Managua, esperamos que, al menos, la gira haya contribuido a conciliar los puntos de vista del resto de los países del área, y a conformar una posición con que la Centroamérica que cree en la democracia enfrente con decisión e inteligencia al régimen totalitario de Managua.